

cimiento de la humanidad y su emancipación de todo aquello que se opusiera á sus buenas inclinaciones era solo cuestión de la sabiduría y buena voluntad de una ley, aquel sueño, casi delirio, estaba en la mente de una generación que habiendo crecido bajo la tutela de reyes y sacerdotes, se sentía con fuerzas para labrarse su propia felicidad.

El *Don Carlos* no ejerció influencia alguna en la Francia moderna, pero profetizó, antes de que llegara el desencanto, la acogida que en Alemania se dispensaría al legislador del humano idealismo. En el Estado, libre de la ilustración y del amor á los hombres, había diversidad de lenguaje, pero unidad de fe. Lo que el poeta del *Don Carlos* había solo soñado, fué verdad cuando Mirabeau dijo á los electores de la Asamblea nacional en 27 de junio de 1789: «¡Qué gloria para Francia y para nosotros si esta gran Revolución no cuesta horrores ni lágrimas á la humanidad! Los mas pequeños Estados han comprado con su sangre mas querida la menor sombra de libertad. Una nación demasiado orgullosa de su Constitución y de las faltas

de la nuestra, ha tenido que padecer mucho por espacio de mas de cien años antes de determinar fijamente sus leyes. La misma América, cuya independencia fué obra nuestra y á quien hoy parece premiar el espíritu protector de los mundos, no ha disfrutado de este bien hasta despues de haber sufrido cambios sangrientos y de haber luchado desesperadamente luengos años. Entre nosotros es de esperar que la misma revolución se lleve á cabo por la sola acción de la civilización y del amor á la patria. Nuestras luchas son las discusiones, nuestros enemigos son preocupaciones perdonables, nuestras victorias no serán crueles, y nuestros triunfos serán bendecidos por los últimos que sucumban. Con harta frecuencia ha hablado la historia de hechos propios de animales salvajes entre los cuales descubrimos algunos héroes. A nosotros nos es permitido esperar que inauguraremos la historia de los hombres, la historia de los hermanos, que nacidos para hacerse mutuamente felices, son unos en su misma desunión, porque su misión es una y solo los medios son distintos (1).»

LIBRO SEGUNDO

LA REVOLUCION DE LA FRANCIA MODERNA

CAPITULO PRIMERO

EL DIPUTADO CONDE DE MIRABEAU

Entre los diputados del tercer estado que á principios de mayo de 1789 se reunieron en Versalles, solo había uno que llevara un nombre muy conocido: el conde Gabriel Honorato de Mirabeau (2), á la sazón de edad de cuarenta años.

Su padre, el marqués de Mirabeau, había adquirido el derecho de ciudadanía en el mundo literario francés por el extraordinario éxito conseguido con la publicación de su primera obra, titulada: *El amigo de los hombres, ó tratado de la población* (Avignon, 1756) (3), éxito que completó despues defendiendo con talento y con ardor las doctrinas de Quesnay (4). A él se debe que en la sociedad se arraigara cada día mas la opinión expresada en su comparación famosa: «El Estado es un árbol; las raíces son la agricultura, el tronco la población, las ramas la industria y las hojas el comercio y las artes. De las raíces toma el tronco la savia que lo alimenta: de ellas arrancan un sinnúmero de ramas y de fibras que toman la materia nutritiva de la tierra: esta materia se convierte en savia, el tronco crece y se esparce en multitud de ramas que prosperan gracias á la fuerza del tronco y que

(1) *Projet d'adresse de l'Assemblée nationale à ses commettants*. Barthe: *Discours et opinions de Mirabeau*, Paris, 1820, I, pág. 220. Estéban Dumont (*Souvenirs sur Mirabeau*, Paris, 1832, pág. 133) sostiene que Mirabeau es el autor de este trabajo.

(2) Que nació en 9 de marzo de 1749.

(3) Lomenie: *Les Mirabeau. Nouvelles études sur la société française au XVIII siècle*. Paris, 1879, II, pág. 137.

(4) F. I.

parecen no necesitar de las raíces, cuya eficacia y laboriosidad están tan léjos que casi son desconocidas. La savia nutritiva completa su curso manifestándose por medio de hojas, que constituyen la parte mas bella y mas brillante del árbol. Esta parte es la menos robusta y la mas expuesta á las tempestades: el calor del sol basta para secarlas y destruirlas. Si las raíces conservan su fuerza, la savia reponen luego los defectos: nuevas hojas brotan por todos lados y reemplazan á las que una maligna influencia ha destruido; pero si algun insecto roe las raíces en los abismos de la tierra, en vano se esperará que el sol y el rocío den nueva vida al tronco muerto: entonces hay que ir directamente á las raíces y darles la posibilidad de extenderse y reconstituirse, de lo contrario el árbol perece.» El hijo del marqués de Mirabeau era también conocido como escritor desde hacia media generación: la multiplicidad de sus conocimientos, la fecundidad de su pluma le ponían casi al nivel de su padre; la audacia de sus juicios, la elocuencia de su lenguaje, y sobre todo, los escándalos que había dado durante su juventud y que hacían hasta cierto punto temible su nombre, le ponían por encima de amigos y enemigos, y solo el que le oía perorar una vez ó tenía ocasión de conocer los atractivos de su amabilidad personal sabía que tenía delante un hombre dotado de aptitudes excepcionales, uno de aquellos á quienes se ha de amar ó aborrecer, admirar ó despreciar, pero hacia el cual no podía sentirse en manera alguna indiferencia.

Cuando la revolución de la antigua Francia obligó al gobierno á convocar la Asamblea de los Estados generales, abriendo así la puerta á la Francia moderna, el conde de Mirabeau llevaba en Paris la vida de escritor errante. Comisionado secretamente por el ministro Calonne, había perma-

necido en Berlin desde la primavera de 1786 hasta enero de 1787, habiendo podido estudiar directa y profundamente la corte y el Estado prusianos durante el último año de Federico el Grande y los comienzos del reinado de Federico Guillermo II. Del celo con que cumplió su misión es buena prueba la gran obra que, con ayuda de los materiales acumulados por Mauvillon (1) en *La monarquía prusiana en tiempo de Federico el Grande* (2), terminó en pocos meses y publicó durante el otoño de 1788. Esta obra, sin embargo, varió tan poco su situación personal como el experimento de los Notables que poco antes había aconsejado al minis-

tro (3). Entonces como antes estaba, como el pájaro en una rama, sin empleo y sin recursos fijos, atormentado por sus acreedores, obligado á vivir de su pluma, á caza constantemente de cuestiones del día que le proporcionaran materia para ardientes folletos y de buenos amigos que le auxiliaran investigando y coleccionando materiales, mientras él pasaba las noches reuniendo lo que á estos faltaba para llegar á ser un libro. El ginebrino Dumont, que trabó amistad con él, al ser llamado por segunda vez Necker al poder, nos proporciona un gran número de interesantes datos acerca de las dotes literarias de Mirabeau. Dumont, en compañía de su



Mirabeau

amigo Romilly, inglés de origen francés, visitó el hospital de la Salpêtrière y la cárcel de Bicêtre, cuyos horrores describió el último en una carta dirigida á un inglés, amigo suyo. Mirabeau oyó hablar de ella, la leyó, la tradujo en el espacio de un día al francés y le añadió, para formar un volumen, la traducción de un trabajo anónimo sobre la administración de la justicia criminal en Inglaterra. Todo esto se imprimió como una traducción del inglés del conde Mirabeau; pero el público, acostumbrado á este procedimiento, creyó firmemente que Mirabeau era el verdadero autor del libro, cuyos ejemplares quedaron pronto agotados. El producto de aquella obra cubrió los gastos de un mes de Mirabeau. Dumont añade: «Tenía este gran fama como escritor; su trabajo sobre el Banco

de San Carlos, su censura contra el agiotaje, sus consideraciones sobre la órden de Cincinnato, sus *Lettres de cachet* (4), eran los títulos de su gloria; pero si cada uno de los que colaboraron en sus obras hubiese reclamado su parte, no le hubiera quedado á Mirabeau mas que el arte de ordenar, de dar giros atrevidos y de usar sarcásticos epigramas y algunos destellos de aquella elocuencia varonil, que no es la de la Academia. Para sus escritos sobre cuestiones económicas utilizaba los materiales de Clavière ó de Panchaud, el primero de los cuales fué el que le proporcionó materia para su carta al nuevo rey de Prusia. De Bourges fué quien redactó el manifiesto á los batavos, y yo he sido testigo de las acalo-

(3) Véase mas arriba.

(4) Todos estos trabajos están insertos en el tomo cuarto de las *Mémoires de Mirabeau*, y las mencionadas: *Observations d'un voyageur anglais sur la prison de Bicêtre*, en el tomo quinto.

(2) Véase F. I.

radas contiendas que por causa de este trabajo se promovieron entre ellos. Mirabeau no negaba su culpa, pero Bourges, después del éxito conseguido, ardía en cólera por haber sido sacrificado a la gloria de otro. Mirabeau, por su parte, se había creado entre la opinión pública una posición tal, que sus colaboradores no podían destruir una fama que ellos mismos habían fundado. Yo le comparo a un general, cuyos oficiales, después de haber hecho conquistas, se ven sometidos a una autoridad que ellos han establecido. A pesar de todo, tenía el derecho de ser considerado como padre de estos trabajos, pues que había velado por su ejecución y sin su infatigable actividad no hubieran visto nunca la luz (1).»

Mirabeau adquirió una situación excepcional entre los escritores del día, no solo por la maestría de su ejecución sino también por su profunda mirada política y por la audacia desmedida con que, huyendo del anónimo, se mostró siempre franco y abierto polemista. Era el único francés que sabía exactamente lo que no era el célebre Necker, y el primero que descubrió los peligros de su política económica, en una época en que la opinión pública consideraba delito de lesa majestad todo ataque contra aquel ministro. De una parte defendía a su protector y de otra su propia obra cuando en 1787 tomaba la palabra contra la contestación de Necker al discurso de Calonne, con ocasión de la apertura de la asamblea de Notables, para someter la administración de Necker a un examen como nunca lo había sufrido (2). Este examen era completamente parcial: en él no se establecía diferencia alguna entre el querer y el poder, entre la intención y el éxito; en ninguna parte veía luz y en todas veía sombras. Sin embargo, el lado oscuro de la administración de Necker, preciso es confesarlo, estaba trazado con gran justicia y encerraba en el fondo una verdad que nadie había pronunciado hasta entonces contra el ministro y que de no ser puesta de manifiesto, corría peligro de permanecer para siempre ignorada. Justas eran las censuras cuando Mirabeau no se cansaba de sostener que la contratación de nuevos empréstitos sin crear nuevas contribuciones o aumentar las antiguas era para el Estado lo que eran para una casa particular los préstamos continuos sin hipoteca, es decir, un recurso que había de conducir necesariamente a la bancarrota. El empréstito sin creación de impuestos, de que se vanagloriaba Necker, y que sus admiradores señalaban como su mayor hazaña, solo podía sacarse, según Mirabeau, de los usureros, porque estos eran los únicos que prestaban sin hipoteca. «Esto, decía, se llama engañar al pueblo respecto de su verdadera situación, dar incienso a los gobernantes facilitándoles los planes de destrucción y de dilapidación que hacen infeliz a la humanidad; esto se llama hacer pesar sobre las generaciones venideras la carga de las injusticias de un ministro que solo atiende a su gloria personal y a sus momentáneos triunfos. ¡Pueblo crédulo! apresúrate a admirarle; tus hijos le maldecirán.» A la manifestación excesivamente cándida de Necker de que la mejor prueba de la fidelidad de su *Compte rendu* de 1781 era el carácter de su autor, contestó Mirabeau: «¡Así son siempre los fundadores de sectas! demuestran su misión con sus milagros y sus milagros con su misión.»

La rebelión abierta del Parlamento contra la monarquía comenzó (3) cuando el ministro conde de Montmorin instó

(1) Estéban Dumont: *Souvenirs sur Mirabeau et sur les deux premières assemblées législatives, publiés par Duval*, París, 1832, páginas 17-19.

(2) *Première lettre du comte de Mirabeau sur l'administration de monsieur Necker*, 19 Mars 1787, París, 8.º, pág. 8. *Seconde lettre sur l'adm. de M. Necker*, 1 Mai 1787, Tongres, 8.º, pág. 44. *Mémoires*, IV, pág. 403.

(3) Véase mas arriba.

al siempre ocioso Mirabeau para que le ayudara a defender la causa del rey, descubriendo con pruebas fehacientes el verdadero carácter de la oposición, que cada día se iba haciendo mas feudal. A esta invitación contestó Mirabeau (18 de abril de 1788) (4) de un modo tan significativo para él, monárquico, como instructivo acerca del estado en que había caído la monarquía en sentir de los mas imparciales de sus propios partidarios. Negóse a prestar aquel servicio, que tan favorable hubiera sido al ejercicio del poder ilimitado de la Corona sometida a la tutela oficial del ministro de Justicia. Lo que los Parlamentos solicitaban descansaba en un abuso y en una usurpación; pero si se les prohibía desempeñar este papel, debía hacerse en provecho de la nación y no para el triunfo completo de la doctrina de que «la voluntad de uno solo fuese ley en el Reino.» Repetía lo que tantas veces había dicho al conde y al canciller Lamoignon, «que no haría la guerra a los Parlamentos, pues se encontraría en presencia de la nación.» De un solo golpe podía el gobierno derribar a los Parlamentos y reunir a su alrededor a todos los que en Francia estaban convencidos de que la nación era geográficamente monárquica: tal era la declaración precisa que debía hacerse el día en que se reunieran los Estados generales. Mientras el gobierno no se decidiera a obrar así, ningún patriota noble podría escribir en favor suyo y contra los Parlamentos. «No, señor conde, decía, no ha llegado todavía el momento de combatir con la pluma a los Parlamentos. Demasiado y con harta razón se desconfía del gobierno; si se reconquista la confianza de la nación,—y esto puede conseguirse convocándola para que tome parte en el arreglo de sus propios asuntos y concediéndole los medios para ello que la situación exige,—los Parlamentos serán obligados por la fuerza de las circunstancias a reducirse a su verdadera magnitud; fracasarán sus punibles intrigas y sus exigencias no serán satisfechas sino dentro de los límites de la posibilidad, pues toda su fuerza consiste en la falta de energía del gobierno y en el descontento del pueblo. No gasteis las fuerzas de un servidor celoso, que no mirará el peligro el día en que haya de consagrarse a la patria y que ni por mil coronas abrazaría una causa dudosa, incierta en su objeto y en sus fines, y llena de horrores y de nubes en su curso. ¡Ah! ¿No haría mal uso de mi talento, cuya influencia exagerais, si renunciara a aquella inflexible independencia a la que debo mis triunfos y que es la única cosa que puede hacerme ser útil a mi patria y a mi rey? El día en que impulsado por mi conciencia y firme en mis convicciones me lance a la lucha como simple ciudadano, como súbdito fiel y como escritor vírgen, podré decir: «Oid a un hombre que nunca ha variado de principios y que nunca ha abandonado la causa pública.»

La derrota del gobierno era segura y la convocación de la Asamblea de los Estados se había anunciado para el 1.º de mayo de 1789, cuando Mirabeau escribió al librero de Estrasburgo, Levrault: «Ya no cabe duda de que se reunirán los Estados generales; al gobierno le ha sucedido lo que yo tantas veces le había dicho: Si no queréis ir a pie, ireis a caballo; queriendo aplazarlos, los habeis precipitado extremadamente, y esto habrá de traer sus consecuencias. ¿Qué harán? Muchas necedades, seguramente, pero ¿qué importa? Las naciones, como los niños, tienen su dentición y sus convulsiones, y se desarrollan como ellos. No nos cause espanto hacer una nueva Constitución; lo que hoy es justo mañana será legal. Huyamos ante todo de la ciencia de los libros; despreciemos lo que ha sucedido, investiguemos lo que ha de suceder y no emprendamos muchas cosas de una

(4) *Mémoires*, IV, págs. 479-484, con facsimile.

vez. El consentimiento de la nación para todo lo relativo a contribuciones y empréstitos, la libertad civil, y la reunión periódica de las asambleas, son los tres puntos principales que han de descansar en una declaración concreta de los derechos nacionales: lo demás vendrá por sí solo. Por lo que toca a mis intenciones personales, os las voy a exponer en pocas palabras: Guerra a los privilegiados y a los privilegios, tal es mi divisa; los privilegios son útiles respecto de los reyes pero abominables respecto de las naciones, y no estaremos satisfechos hasta que el país se vea libre de ellos. Esta es la razón por qué hemos de seguir siendo muy monárquicos y por qué lo soy yo personalmente. A la verdad, ¿qué sería una república con todas las aristocracias que nos corroen? El foco de la mayor tiranía (1).»

De las manifestaciones hechas por Mirabeau, unas iban dirigidas a un ministro, otras a un amigo, pero ninguna estaba destinada a la publicidad; por eso no es posible abrigar duda alguna acerca de su sinceridad: ellas dan a comprender que Mirabeau se preparaba para tomar en la próxima Asamblea el papel de representante del pueblo. Tratábase de obtener una constitución que pusiera ciertas limitaciones al poder de la Corona y a la arbitrariedad de los ministros, y de fundar un estado de derecho dentro del cual no hubiera privilegios ni privilegiados. Ambos principios fijaron para siempre su situación, y si comparamos lo que él dice con el contenido del folleto del abate Sieyès, veremos desde luego que Mirabeau, a pesar de la energía con que combatía el absolutismo por un lado y el feudalismo por otro, distaba mucho de considerar, como Sieyès, a la Asamblea en general y a la representación del tercer estado en particular como el manantial infalible de un verdadero ideal en el Estado. Las pretensiones que formulaba para la ley fundamental del Estado en un porvenir próximo eran tan modestas y moderadas como las que ya conocemos del delegado Malouet. Mas modestas todavía eran sus observaciones acerca de la prudencia de la asamblea que había de convocarse para fijar una legislación: esta prudencia, según él, no sería innata en ella, porque su penetración política estaba en la infancia y necesitaba de la educación y de las lecciones de un error reconocido, mucho mas de lo que suponía el optimismo de los teóricos. En esto reconocemos ya al hombre de Estado que había acrisolado y purificado la ciencia adquirida en los libros por el estudio del verdadero Estado; al que en Suiza, Holanda, Inglaterra y Prusia había reunido los resultados de la observación y de la experiencia, colocándose muy por encima del mundo ilusorio en que vivieron Plutarco, Montesquieu y Rousseau. Cree en la nación, pero el pueblo no le inspira un culto supersticioso.

La convocación de los Estados del Reino era un hecho cierto. Mirabeau escribía a su tío el baillío: «Ha llegado el momento en que el talento será una potencia.» Suplicábale, al propio tiempo, que intercediera con su padre para que le permitiera ser diputado, bien de la nobleza, bien del tercer estado de Provenza, a fin de completar su regeneración (2). El y su amigo Panchaud estaban en París al frente de un club constitucional que se reunía en un principio en casa del consejero del Parlamento Adrian Dupont, pero que luego se separó de este para salvar la causa de la libertad de la tiranía parlamentaria (3), tan funesta, a su modo de ver, como el despotismo de los ministros, que él, como monárquico muy celoso, estaba resuelto a combatir (4). A la separación de Dupont siguió, a principios de 1789, un ataque abierto contra

(1) *Mémoires*, V, págs. 187-188.

(2) *Mémoires*, V, pág. 190.

(3) *Mémoires*, V, pág. 200.

(4) *Mémoires*, V, pág. 201.

el ministro Necker, que, a consecuencia de su Memoria de 27 de diciembre, disfrutaba de una popularidad general.

Necker quiso convertir inmediatamente en dinero el crédito que creía haber conquistado como legislador, llevando a efecto en 29 de diciembre de 1788 un acuerdo del Consejo de ministros que prorogaba por seis meses el curso forzoso del papel moneda de la Caja de Descuentos, disposición que esta agradeció facilitando al gobierno, en 17 de enero, un empréstito de 25 millones. Diez días antes de ocurrir esto, Mirabeau sometió al legislador del 27 de diciembre y al artista económico del 29 a una crítica desapiadada, publicando su correspondencia con Cerutti (5). Mientras el tercer estado se regocijaba por lo que le había dado Necker, Mirabeau puso de manifiesto en lenguaje duro lo que no le había dado, y sobre todo llamó la atención sobre el silencio del ministro respecto de la cuestión de votación por cabezas ó por estados, para luego pronunciarse con apasionada dureza contra el valor monetario del papel, que solo venía a ser una forma nueva de la antigua carga de empréstitos sin hipotecas y cuyo verdadero carácter, funesto y ruinoso, solo los ciegos podían desconocer. La ingenua confianza en que estaba Necker es considerada por Mirabeau como un peligro nacional: «No olvidemos que una gratitud poco previsora avasalla mas pueblos que los que salva una vigilante desconfianza. ¡Ay de los pueblos agradecidos! Entregan todos sus derechos a quien solo les devuelve uno: ellos mismos se forjan sus cadenas. Con una confianza ilimitada perjudican al gran hombre a quien con su ingratitude hubieran ennoblecido.» «En vez del crédito personal de un ministro, lo que necesita Francia es un crédito nacional, pero este no se manifestará por un valor y un dinero ficticios. La gran verdad que al romper con el sistema de Law ha adquirido la Francia a costa de tan innumerables sacrificios (6) no puede ser nuevamente ocultada. Un papel cuyo cambio en dinero no sea una cosa segura é incondicional es una ilusión, un punible engaño: cambiar en dinero un papel no amortizable es imposible; es un milagro que no han logrado hacer todas las virtudes y todos los sacrificios de los patriotas americanos. Los peligros de la guerra, los rigores del tiempo podían hacerlo tolerable, y los tiranos podían imponerlo, pero no les es dado conservar una moneda de papel (7).» Por muy justo que fuese todo esto, preciso es confesar que lo que impulsaba a Mirabeau a escribir contra el mas querido y el mas influyente de los ministros no tenía carácter económico sino político. Todo triunfo del antiguo arte de hacienda era engañoso en sí, pero tenía además el inconveniente especial de que hacia aparecer como inútil la cooperación de la nación, y Necker estaba atacado mas de lo que convenia de la locura de creer en esta inutilidad. Así lo había previsto rectamente Mirabeau mucho antes de que, con gran sorpresa de todos, se desprendiera claramente del discurso pronunciado por Necker el 5 de mayo.

Con la publicación de su carta a Cerutti se mostró patentemente Mirabeau aspirante a un cargo de diputado, y en 8 de enero de 1789 emprendió un viaje a Provenza. Los recursos necesarios para aquel viaje, así como para la lucha electoral que ante sus ojos se abría, procedieron de una hazaña mas funesta a su reputación que todos los pecados de su juventud.

A principios de febrero de 1789 publicó, sin nombre de editor ni del lugar en que fué impresa, una obra dividida en

(5) *Correspondance entre M. C *** et le comte de Mirabeau sur le rapport de M. Necker et sur l'arrêt du conseil du 29 décembre (1788) qui continue pour six mois force de papier monnaie au papier de la Caisse d'escompte*, 8.º, 1789, pág. 60.

(6) F. I.

(7) *Mémoires*, V, págs. 202-211.